

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Mayo de 2016

HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA

Con las próximas elecciones del 26 de junio, se cerrará previsiblemente un ciclo electoral que comenzó con las elecciones europeas y continuó con las catalanas, las municipales y las del pasado 20 de diciembre. Pues bien, si algo tienen en común todos estos comicios es que en todos ellos –incluidos los europeos– la política exterior ha estado ausente casi por completo. El discurso de los políticos españoles –y el interés de la opinión pública– se concentra en la piel del toro o, incluso, en sus variadas regiones, como si todavía viviéramos en el siglo XIX, cuando los Estados soberanos eran unidades casi auto-subsistentes.

Esto dejó de ser así hace tiempo y hoy la globalización hace que tanto nuestros problemas como nuestras

soluciones aparezcan interconectadas en redes de dependencia que cubren la totalidad del mundo. Nuestra economía, pero también nuestra seguridad, el clima, la energía, las emigraciones, el terrorismo, la delincuencia y tantas otras cuestiones esenciales dependen del entorno geográfico y social, y no pueden ni analizarse ni gestionarse al margen de las circunstancias. España es, más que nunca, el resultado de esas circunstancias, por remedar el lenguaje orteguiano. El futuro de España está, en gran medida, fuera de España.

Y, en gran medida, esa circunstancia ha sido y es Europa. Si algún proyecto logró unir a los españoles tras la muerte del General Franco y el final de la Dictadura, ese fue el de europeizar España. Recordando a Ortega de nuevo, Europa debía ser la solución a

los problemas de España, y nuestra europeización fue el horizonte al que se encaminó un par de generaciones de líderes políticos. Ese proyecto se realizó con notable éxito, y España es hoy un país plenamente incorporado a su espacio y a su historia. Pero ese éxito debe ser sólo la primera parte del proyecto europeo. La segunda es construir Europa. En un momento especialmente difícil.

El indiscutible éxito de la Unión Europea

Efectivamente, la crisis económica abierta en el 2007 y que ha afectado a Europa, especialmente al área euro, y de modo singular a los países del sur, ha reabierto no pocas de las costuras que trababan ese gran proyecto político. Al menos de tres modos, en no poca medida contradictorios.

Por una parte, ha dado alas a partidos políticos euro-escépticos o incluso anti-europeos, debilitando el soporte democrático interno de la Unión. En segundo lugar, ha generado una notable insatisfacción con la moneda común, el euro, acusado de maniatar la soberanía económica de los países, profundizando la crisis económica. Tercero, ha puesto de manifiesto una notable debilidad del proyecto europeo hasta el punto de replantear para no pocos la conveniencia de su continuidad. No todo debe ser atribuible a la crisis –como veremos–, pero sin duda esta ha acentuado los aspectos más deficientes del proyecto euro-

peo. Y así, tanto la eventual salida de Grecia del euro (o, incluso, de la UE), el llamado GREXIT, como la posible salida nada menos que del Reino Unido tras el referéndum que Cameron ha convocado para el próximo 23 de junio, el llamado BREXIT, o, finalmente, el ascenso de partidos anti-europeos por doquier (en Francia, Alemania, Reino Unido, Italia, Finlandia, Austria, Polonia y Hungría) responden a las mismas causas últimas, y son tres intentos (desde abajo, desde arriba o desde dentro) de abandonar el proyecto de una Unión Europea.

En este documento, tratamos de avanzar justamente en el camino contrario: más y no menos Europa. Pues creemos –con Jacques Delors– que la respuesta europea a la globalización es más Europa y no menos. Y nuestro punto de partida solo puede ser uno: constatar el enorme, inmenso, éxito de la Unión Europea que, desde el Tratado de París de 1951 que creaba la Comunidad Económica del Carbón y el Acero (la CECA) hasta hoy, ha conseguido progresos simplemente espectaculares.

Para comenzar, ha conseguido reforzar y extender ordenes políticos basados en el Estado democrático, el *rule of law*, la separación de poderes, una sociedad civil fuerte y el respeto a los derechos humanos. En 1945, no más de media docena de Estados europeos eran democracias; hoy lo son los 28 miembros de la UE, pero en el linde exterior, al menos otra media docena de países se prepara para cumplir los criterios de

Copenhague y alcanzar la ansiada integración, de modo que el “modelo UE” se extiende como una mancha de aceite hacia el Este, traspasando los Balcanes hasta llegar a Ucrania y el Cáucaso, e incluso puede que a la Turquía musulmana. De modo que no es exagerado afirmar que jamás en la historia tantos ciudadanos europeos han gozado de tanta libertad.

En segundo lugar, la UE ha conseguido reforzar y ampliar la prosperidad a toda Europa. Para los países de la ya vieja UE15, la pobreza ha quedado atrás y hemos entrado no ya en el bienestar, sino incluso en la opulencia y el consumo ostentoso en ciertos grupos y regiones. Hoy, la economía de la UE, con un volumen de más de 17 billones de dólares de PIB (más de 12 billones en la zona euro), es la más grande del mundo, bastante mayor que la de los Estados Unidos (aunque sea notablemente inferior en renta *per capita*). Y, de nuevo, no es exagerado afirmar que jamás en la historia de Europa tanta gente ha gozado de tanta prosperidad, que se extiende a los vecinos y, eventualmente, también a los vecinos de los vecinos (aunque, desgraciadamente, no a la frontera sur de Europa, la del Mediterráneo).

Finalmente, Europa ha conseguido gozar de una seguridad jamás vista. No olvidemos que esa fue la causa y el objetivo del proyecto europeo: acabar con el horror de las guerras. Y nunca fue más cierto el diagnóstico de Borges: no nos une el amor, sino el espanto. Efectivamente,

tras 350 años de “paz” westfaliana, es decir, tras 350 años de guerras continuas, prácticamente una en cada generación (guerras de dinastías, guerras de pueblos o naciones, guerras de clases, guerras de bloques), que culminaron en dos guerras civiles europeas, las dos mundiales, el riesgo de guerra ha desaparecido casi por completo. Para ello, Europa ha sustituido la clásica confrontación de soberanías estatales, como mónadas impenetrables, por la puesta en común, la suma, de soberanías (y eso es el método comunitario, esa es la singularidad de la UE), dando lugar a un orden internacional e inter-estatal nuevo: post-nacionalista, post-hobbesiano, kantiano o post-moderno (según varios autores), un orden jurídico en el que el recurso a la violencia ha desaparecido de las relaciones inter-estatales. Y otra vez más, los Estados vecinos se aprestan a entrar en ese orden nuevo renunciando al uso de la fuerza a cambio de un lugar al sol de la anhelada Europa.

Se puede, pues, decir con énfasis, como lo hace la todavía vigente *Estrategia de Seguridad Europea*, que jamás Europa ha sido “tan próspera, tan segura, ni tan libre”. Lo que no es poco, ya que eso es todo lo que un ciudadano sensato puede pedir de un orden político: seguridad, libertad y prosperidad. Un éxito de alcance histórico-universal (como hubiera dicho Max Weber) que explica que casi todos los países vecinos deseen ser europeos y, en buena medida, el poderoso atractivo que, incluso ahora, Europa ejerce en el mundo: su carácter modélico, su *soft power*.

El problema: “Que la economía tire de la política”

Pero incluso sus defensores no dejan de reconocer que la UE rinde por debajo de sus posibilidades. Y ello, por numerosos problemas que recientemente se acumulan sin encontrar solución.

Y el principal es el propio modelo de construcción de Europa. La UE se ha construido siguiendo el método funcionalista: arbitremos un mercado y una unión monetaria, que la economía tire de la política y que la política tire de la cultura. Recordemos la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950: “Europa no se hará de golpe, ni en una obra de conjunto, se hará por medio de realizaciones concretas, que creen, en primer lugar, una solidaridad de hecho...”

Esa era la estrategia: “realizaciones concretas” para generar “solidaridades de hecho”; tal debía ser “la primera etapa de la Federación Europea”. Dicen que Jean Monnet dijo al final de su vida que, de tener la oportunidad de construir Europa de nuevo, habría empezado por la cultura. No es cierto, no lo dijo, pero en todo caso menos mal que no se hizo así, pues entonces no tendríamos UE. Por el contrario, el llamado método funcionalista ha sido un éxito, aunque el precio pagado haya sido construir Europa desde la economía y por la puerta de atrás, sin verdadera participación ciudadana, sin narrativa política ni proyecto claro, casi como un “subproducto”: algo que se alcanza tanto mejor cuanto menos se

explícita. Construcción de Europa en términos más de despotismo ilustrado que de verdadera democracia: todo para los pueblos, pero sin los pueblos.

El resultado es, si no un déficit democrático, sí una percepción de lejanía y distancia: la UE no responde ante los ciudadanos, no es *accountable* y, por ello, es opaca y burocrática. La UE profundiza y exporta democracia, pero ella misma lo es confusamente, hasta el punto de que se ha podido asegurar con ironía que si la UE pidiera mañana ingresar en la UE, puede que tuviera que ser rechazada por no cumplir los criterios de Copenhague, es decir, las reglas que un país debe cumplir para ser elegible como miembro de la UE. Lo que explica la creciente abstención electoral, el rechazo a la burocracia de Bruselas y el sentimiento de opacidad de la política europea; e, incluso, un creciente rechazo a la misma UE.

¿La consecuencia de todo ello? La dificultad para saltar de la unión económica a la unión política. Hemos caminado desde la comunidad del carbón y el acero al mercado común, y del mercado común a la moneda única, pasos enormes que, sin embargo, no han sido acompañados por avances en la arquitectura de la unión política. Un déficit que los redactores del *non nato* Tratado Constitucional trataron de taponar con una Convención política, un cuasi Parlamento Constituyente, supuestamente representativo de la ciudadanía europea y al que le gusta-

ba compararse con la Convención de Filadelfia que dio lugar a la Constitución de los Estados Unidos, pero que fracasó tras los dos referendos francés y holandés.

Lenta, opaca y sometida casi siempre a la regla de la unanimidad, la UE de 28 es una gran unión económica y un inmenso mercado, pero sin dirección política clara. La crisis económica del 2007 ha sido reveladora: una moneda sin verdadero Banco Central, sin unión bancaria, sin unión fiscal, sin gobernanza económica no es posible. Y ha sido necesario crear, a toda prisa, y espoleados por la urgencia, algunos de los mecanismos de gobernanza económica imprescindibles. Una pauta que la crisis de los refugiados no ha hecho sino repetir, ampliada.

Este es el problema central de la UE, que se manifiesta y expresa en tres retos internos y otros tres retos externos.

Los tres retos internos de la UE

Profundidad, amplitud y modelo socio-económico; así pueden ser nombrados.

El primer reto de la UE actual es el de la *profundidad*, a saber: sobre qué ejerce su gobierno la UE, cuáles son sus competencias. Es decir, ¿estamos ante una confederación de Estados que camina hacia su eventual federación? ¿O estamos ante un nuevo producto para el que no tenemos todavía modelo o teoría? Hasta

el momento, la UE no ha necesitado un liderazgo político fuerte, pero a medida que avanzan el mercado común, primero, y la unión económica y monetaria, después, el déficit político se agudiza. Y, sin embargo, los Eurobarómetros ponen de manifiesto que no falta apoyo de la ciudadanía a una UE más fuerte, sino voluntad de las élites y los gobiernos nacionales para alcanzar acuerdos vinculantes. Salvo excepciones, los ciudadanos confían en sus gobiernos 10 puntos menos de lo que confían en la UE, de modo que no temen transferir a Bruselas parcelas relevantes de su soberanía. Por ejemplo, recientemente (así pues, en medio de la crisis), un 72% desea una política común en energía y un 73% en emigración (Eurobarómetro 83, 2015). Los políticos acusan a los ciudadanos de falta de voluntad, pero esa acusación no es cierta.

Y junto al dilema de la profundidad, el de la *amplitud* de Europa, quizás el más visible. ¿Estamos ante una unión política de la región Oeste del continente euroasiático, una unión territorializada, como lo han sido siempre los Estados o los Imperios, o más bien ante un método nuevo de articulación de relaciones internacionales y resolución de conflictos? Es decir, ¿se trata de sustituir los viejos Estados o de sustituir el viejo orden internacional westfaliano? Puede parecer paradójico, pues la UE se nos presenta como lo primero, pero en buena medida es lo segundo: un método post-westfaliano de articulación de la sociedad internacional mediante el *engage-*

ment y la cooperación, mediante la suma y no la confrontación de soberanías, que genera solidaridades fácticas en círculos concéntricos. La cooperación europea, decía Jean Monnet, “no es un fin en sí mismo, sino sólo una fase en el camino hacia el mundo organizado de mañana”. De modo que, más que una federación (o incluso una confederación), es un original método post-moderno de articulación inter-estatal, que puede extenderse como una mancha de aceite y que, tendencialmente, al menos, podría llegar a abarcar al mundo entero. Una alternativa, pues, al sistema de Naciones Unidas. Este, basado en la absoluta soberanía de los Estados; la UE, por el contrario, en la soberanía compartida.

La otra opción, por supuesto (que mira hacia adentro y no hacia afuera), es la de una unión política geográfica, necesariamente limitada a una región del mundo, pero que en este caso debe tener fronteras territoriales precisas y claras. ¿Cuáles son esas fronteras? Parece claro que los Balcanes caen dentro, pero tenemos compromisos con países del Cáucaso y con Turquía, y quizás más allá. Puede que, como se repitió hace años, la ampliación fuerce a la profundización (aunque eso está todavía por ver), pero la lógica de la ampliación continua impide la profundización, como hemos podido comprobar estos últimos años.

Finalmente, el tercer dilema afecta al *modelo socio-económico*, sin duda uno de los rasgos de la identidad europea. Europa occidental llegó a

ser el 33% del PIB mundial entre 1870 y 1913, pero ha descendido desde entonces a un 20% aproximadamente. Y la población europea decrece y envejece, aumentando las tasas de dependencia. De los treinta países del mundo con porcentaje más alto de población mayor de 60 años, nada menos que veintinueve son europeos (el otro es Japón). ¿Es posible, sin cambios radicales, seguir pagando pensiones, sanidad, educación, desempleo y sostener la sociedad de bienestar más generosa del mundo? ¿Cómo generar una sociedad dinámica y emprendedora cuando hay más abuelos (mayores de 65 años) que nietos (menores de 15)? Como se repite una y otra vez, somos el 7% de la población del mundo, el 20% del PIB, pero el 50% del gasto social. Europa no puede perder su identidad basada en una economía social de mercado, pero tiene retos importantes para hacer de ello una economía competitiva.

Y tres retos externos: la UE sigue sin teléfono

Los últimos retos afectan a la UE como actor en el escenario mundial, tema en el que se enfrenta hoy a tres serios problemas: un déficit de política exterior, un déficit mayor en seguridad y, finalmente, a una tormenta en el “*océano geopolítico*” (Van Rompuy). Vayamos por orden.

La pregunta es ya insoslayable: ¿es posible y realista “una” política exterior europea común que vaya más allá de lo que ha sido una práctica

meramente “declarativa”, sometida siempre a la regla de la unanimidad? La pregunta no tiene respuesta clara, pero, considerando la diversidad de intereses económicos y políticos, el peso de la historia colonizadora de los países europeos y su variada proyección geográfica no parece tarea fácil. ¿Es razonable esperar que Francia “comunitarice” su política africana o árabe? ¿Puede Europa asumir la agenda latinoamericana de España? ¿Es realista pensar en una fusión de los servicios exteriores de los 28 países o en una representación común en los organismos internacionales? Los países de la UE disponen de más del doble de diplomáticos en activo que los Estados Unidos, y la ayuda al desarrollo es casi el triple que la de Estados Unidos. No faltan, pues, recursos, sino coordinación y voluntad. Hay un poderoso déficit institucional interno que se dobla de inadecuación institucional externa, pues el sistema de Naciones Unidas es muy anterior a la UE y no la contempla; y, así, debemos preguntarnos: ¿renunciarían Francia e Inglaterra a su posición permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a cambio de la presencia de la UE? Europa tiene demasiada historia y demasiada cultura, y en el mundo, en los organismos internacionales, o en las cumbres más variadas como las del G20, tenemos muchos europeos, pero muy poca Europa.

Pero, además, ¿cómo respaldar esa política exterior? ¿con qué fuerza? Europa ha sido un *free-rider*, un “gorrón” de la seguridad americana

desde 1945, tema del que, en buena medida, se ha desentendido. Porque no ha podido, porque no ha querido o porque no la han dejado (que de todo hay), el resultado neto es que su seguridad ha dependido de un ejército ajeno que responde ante un *taxpayer* ajeno. Y, así, sigue en buena medida, a pesar de muy importantes avances, muy por debajo del 2% de PIB en gasto militar comprometido con la OTAN.

Europa apostó en los 90 por la primacía de la geoeconomía sobre la geopolítica, por el poder blando en lugar del militar, por la UE como modelo del mundo. Fue un momento en el que Rusia estaba postrada, la *pax americana* garantizada, Japón emergía y el mundo parecía gravitar hacia Europa. Fueron los “quince minutos” de gloria de la “trilateral”: un mundo gestionado por Estados Unidos, la UE y Japón. Era la opción de Bush senior en su famoso discurso *Hacia un nuevo orden mundial* de 1990. Pero esto ya es historia, de modo que, ¿estamos en condiciones de dar un giro, tanto mental como económico, para asumir plenamente nuestra propia seguridad? ¿O, por el contrario, queremos una UE confederal de bajo coste y con leve presencia, con tal de que de nuestra seguridad siga encargándose el *big brother* americano, si es que desea continuar haciéndolo?

Es más, buena parte del cicatero gasto en defensa alimenta ejércitos clásicos, westfalianos, preparados para defender el territorio de ataques de vecinos, justo el escenario que la

UE parece haber cancelado definitivamente. Se estima que alrededor del 70% de las fuerzas armadas de la UE son inútiles fuera de su territorio nacional. El gasto militar europeo –se señala con frecuencia– es más una realidad aritmética que política. Y, sin fuerza que la respalde, la renqueante política exterior de la UE es escasamente creíble, como vemos a diario. Rusia gasta en defensa aproximadamente una tercera parte de lo que gastan los 28 países de la UE; no se trata de gastar más, sino de gastar mejor.

Finalmente, ¿podemos seguir confiando en el *big brother* americano? Dudoso. Acabada la Guerra Fría, Europa no es para EE.UU. ni un problema, ni tampoco una solución para los problemas que tienen en otros escenarios; y crecientemente “pivota hacia Asia” y el Pacífico, al igual que lo hace América Latina o que lo ha hecho ya África. ¿Qué hará Europa si el paraguas de seguridad norteamericano, que nos ha protegido en el Este, pero también en Oriente Medio y en el Mediterráneo, e incluso en América Latina, desaparece?

No obstante, el tercer desafío es, sin lugar a dudas, el mayor: la tormenta desatada en el *océano geopolítico*, con el ascenso de Asia y las nuevas potencias. Pues, quizás, el principal problema de Europa no es ella, sino el mundo.

La demografía es el destino, aseguraba Augusto Comte con buenos argumentos, y la causa final de casi todo. Pues bien, Asia, con 4.100

millones de habitantes, es ya el 60% de la población del mundo y seguirá siéndolo durante buena parte del siglo XXI. Europa, con 733 millones (o la UE, con 500), es una pequeña fracción, aproximadamente el 10% de la población del mundo, de modo que hay seis asiáticos por cada un europeo. Y, en las próximas décadas, Europa no solo no crecerá, sino que decrecerá; Asia lo hará moderadamente, manteniéndose en el 60%, mientras África doblara su población desde los 900 millones actuales a 1.800 millones para el año 2050. Para entonces, Europa toda será poco más del 7% o 6% de la población mundial, pero recordemos que llegó a ser el 25% entre 1900 y 1940. Y hablamos de cantidad de población, no de calidad, pues la consecuencia del escaso crecimiento es el acelerado envejecimiento, con sus implicaciones sobre gasto sanitario y pensiones, pero también sobre vitalidad e innovación.

En todo caso, la consecuencia de esta demografía asimétrica entre Occidente (*The West*) y el Resto (*The Rest*), sumada a la Revolución Económica Mundial, es la emergencia de nuevas potencias económicas, que se doblan de potencias militares y estratégicas. Se trata de gigantes, como China o India, países con más de 1.000 millones de habitantes, literalmente “civilizaciones disfrazadas de Estados” (como dijo Huntington). Un país “normal” tiene 30, 40, 60 millones de habitantes. Cuando tiene 300, como Estados Unidos, es ya otra cosa que quien conoce Estados Unidos ha podido apreciar. Pero, cuando hablamos de más de 1.000

millones de habitantes con miles de años de historia propia a sus espaldas, estamos ante entes políticos nuevos, cuyo comportamiento es impredecible, pues los gigantes a veces hacen daño sin quererlo. Y no olvidemos otros países “pequeños”, pero enormes si se comparan con los viejos países europeos: Indonesia (228 millones de habitantes), Brasil (casi 200), Pakistán (170), Bangladesh (160), Nigeria (150) o Turquía (80).

Y el poder económico se dobla en poder político y militar. China gana ya más votaciones en Naciones Unidas que Europa, cuando hace un par de décadas era al contrario. China o India, países con ejércitos que son inmensos (de más de 2,5 millones de hombres el de China) y nuclearizados, están construyendo aceleradamente armadas oceánicas para asegurar las rutas de suministro de sus recursos a través del mar del Sur, sin olvidar el control del espacio exterior (e India se propone llegar a la luna) y del ciber-espacio.

De modo que, tras la Gran Divergencia (K. Pomerantz) que la Revolución Industrial generó entre el este y el oeste, es la hora de la Gran Convergencia de los países del sur y del este hacia el norte y el oeste, con lo que el centro de gravedad del mundo vuelve a Asia, donde ha estado durante miles de años.

La economía es un juego de suma positiva, todos podemos ganar. Y el crecimiento económico del sur y este no tiene por qué generar perjuicios en el Viejo Mundo. Pero el poder

político y militar se mide en relaciones y comparaciones de fuerza, y es un juego de suma negativa: si uno gana poder, es porque otro lo pierde. Por ello, este cambio significa claramente una pérdida de relevancia del viejo Occidente y, singularmente, de Europa.

Durante más de trescientos años, la historia del mundo, la historia de América, de Asia o de África, se ha escrito aquí, en Europa, en El Escorial o en Lisboa, en Londres, en París, en Berlín y, más tarde, en Washington. Esto ya no es así: Europa se suicidó en dos “guerras civiles” (las dos Guerras Mundiales) y perdió la totalidad de sus Imperios coloniales. Es más: entre 1945 y 1991, la actual UE fue territorio colonizado por potencias periféricas, por Estados Unidos o la Unión Soviética, incapaz de controlar su propio destino. Estamos en un mundo claramente post-europeo y la pregunta ahora es si en los próximos siglos Europa será capaz, al menos, de controlar su propio destino o, como le ocurrió al resto del mundo antes, ese destino se escribirá en Beijing u otro lugar.

Conclusión: España, Suiza y los Estados Unidos de Europa

El 19 de septiembre de 1946, poco después de acabar la guerra, en su famoso discurso de Zurich, decía Churchill: “...hay un remedio que, si se adoptara de una manera general y espontánea, podría cambiar todo el panorama como por ensalmo, y en pocos años podría convertir a

Europa, o a la mayor parte de ella, en algo tan libre y feliz como es Suiza hoy en día. ¿Cuál es ese eficaz remedio? Es volver a crear la familia europea”.

Pues bien, la “familia” ya se ha creado y Europa es en buena medida tan “libre y feliz como Suiza”. Pero aquel deseo contenía una profunda ironía que hoy vemos con claridad: el de transformarnos en una sociedad de alta calidad, pero aislada y ensimismada. Ser “la Suiza del mundo”, una suerte de parque temático de historia, arte y civilización, pero sin relevancia política. Así nos ven en el resto del mundo y, mientras que el 81% de los alemanes o el 76% de los ingleses aseguran que la UE es hoy un “poder mundial”, solo piensan lo mismo el 5% de los indios, el 12% de los brasileños o el 13% de los rusos. Los europeos estamos convencidos de que somos una potencia mundial, pero muchos, al parecer, no se han enterado.

El problema es que Europa no puede no ser un poder mundial efectivo, no puede conformarse con ser “la Suiza del mundo”, incluso si ello resultara atractivo. Como afirma la *Estrategia de Seguridad Europea*, “con más de 450 millones de población, produciendo una cuarta parte del PIB mundial, y con una amplia variedad de instrumentos a su disposición, la Unión Europea es inevitablemente un jugador global (*global player*)...que debe estar preparado para compartir responsabilidad en la seguridad global y la construcción de un mundo mejor”.

La UE es la primera economía del mundo y la más globalizada, con comercio disperso por todo el mundo y con un saldo crecientemente negativo. La UE tiene inmensas inversiones directas fuera de área, sobre todo en Estados Unidos, con cuya economía está inextricablemente unida, pero también en el resto del mundo. Su dependencia energética es superior al 50% e importa petróleo de Rusia y Oriente Medio, gas de Rusia y norte de África, carbón de África del sur y Australia. Y la propia Comisión estima que para el 2030 importaremos el 75% del petróleo y gas. Tenemos fronteras físicas con dos áreas especialmente problemáticas: por una parte, Rusia y sus aliados (que se proyectan sobre los Balcanes y el Cáucaso y se extienden hasta Oriente Medio); y, por otra, el sur del Mediterráneo (que se extiende al Sahel), una frontera al tiempo religiosa, cultural, política (la del fundamentalismo islámico) y económica, con una de las mayores desigualdades del mundo, una diferencia casi de 1 a 7 en renta *per capita* (la de México-Estados Unidos es la mitad).

Además, y por si fuera poco, la población de Oriente Medio y Norte de África, el “patio sur de Europa”, ha crecido desde 78 millones en 1950 a nada menos que 307 millones en el año 2000, pero estimaciones conservadoras proyectan un crecimiento de hasta 450 millones en el 2020 y de 656 millones en el 2050. De modo que, ya sea buscando mercados, recursos, mano de obra o incluso capital, la UE depende del exterior.

El futuro de Europa está fuera de Europa. “La Unión Europea como protagonista mundial”, dice la *Estrategia Europea de Seguridad*.

Y ello solo tiene una solución, avanzada con oportunidad por la *Estrategia de Acción Exterior* que el gobierno de España aprobó en 2014: avanzar con decisión hacia los Estados Unidos de Europa. Una tarea que España puede y debe liderar.

Efectivamente, cuando España abandonó su larguísimo periodo de aislamiento internacional, epitomizado por la retirada de embajadores tras la Guerra Mundial, sin duda el punto más bajo de nuestra historia diplomática, lo hizo –ya se ha dicho– con un claro programa: europeización. Fue la estrategia de política exterior (implícita, no declarada, pero efectiva) de todos los gobiernos de la transición. Y fue, con mayor rotundidad aún, el programa nacional que nos llevó desde los “tiempos de silencio” del franquismo, hasta la ansiada orilla de la plena normalidad social, económica y política. Europeizar ha sido el “proyecto sugestivo de vida en común” que hizo de España una nación aglutinando a izquierdas y derechas, burgueses o proletarios, centrales o periféricos. Y la citada *Estrategia de Acción Exterior* hace bien al partir de esa misma constatación: “durante las cuatro últimas décadas (...), España se ha proyectado hacia el mundo con (...) un claro propósito: reencontrarse con la Europa integrada y recuperar su lugar en la Comunidad Internacional

(...). Era en definitiva un empeño de toda la sociedad española...”

Y se ha conseguido.

Hoy, sea cual sea el parámetro con el que queramos compararnos, España se encuentra dentro del abanico de los países europeos. Hemos europeizado España, hemos “normalizado” el país e, incluso en momentos de cierta euforia (cuando entramos en el euro en el pelotón de cabeza), pudimos creer, no ya en el “milagro español”, sino que estábamos en la misma vanguardia de Europa.

Pero España ha tenido siempre un peculiar europeísmo, más de venida que de ida. Queríamos “estar” en Europa, “ser” Europa, que viniera aquí y nos abrazara, nos incorporara, pero no teníamos un proyecto político para ella. Ciertamente, somos de los países más europeístas e, incluso, en estas horas bajas, no tenemos partidos políticos anti-europeos, ni anti-inmigración (ni siquiera anti-islámicos), una destacada singularidad en el panorama comparado, aunque, a diferencia de otros, los españoles no hemos buscado proyectarnos en Europa. Y es ese agotamiento del proyecto europeizador interno, y la correlativa ausencia de un proyecto político externo, lo que nos ha dejado sin horizonte, sin discurso, sin narrativa y, por lo tanto, como espacio proclive para el regreso a viejos particularismos y viejas narrativas. Cuando no hay camino hacia delante, es fácil pensar que se avanza regresando.

Renovar, regenerar, actualizar son términos que se oyen hoy por todas partes. Pero España demanda un proyecto que mire hacia el futuro, no hacia el pasado, y que nos otorgue un norte, un objetivo, un proyecto. Por eso, merece nuestro apoyo la apuesta que la Estrategia hace para que ambicionemos liderar un proyecto político fuerte para Europa: “El destino final del proceso de construcción europea es la unión política, una Europa federal –los Estados Unidos de Europa–, y no simplemente una unión de estados soberanos. Este proceso debe hacerse por fases o por etapas, pero el objetivo final debe definirse con claridad cuanto antes”.

La UE se nos presenta hoy como un proyecto incapaz de movilizar y dinamizar a sus ciudadanos, burocrático, frío, emocionalmente antipático y desmovilizador. Un proyecto, además, institucionalmente mal diseñado, políticamente torpe e ineficiente, como hemos visto en la actual crisis económica o en la de los refugiados. Y un proyecto, para terminar, intelectualmente ininteligible, opaco, cuya lógica nadie acaba de entender bien.

Pues bien, es mucho lo que la idea de unos Estados Unidos de Europa puede ofrecernos. Un proyecto que es capaz de movilizar y dinamizar a una juventud que se siente europea y que desea ser proyectada hacia adelante; un modelo conocido y testado, que es institucionalmente eficiente y contrastado; y un modelo intelectualmente inteligible, comprensible, claro. El único proyecto que puede sacar a nuestras poblaciones de la

ensoñación con el pasado, con el terruño y con la sangre, con el *Volkgeist*, al que parecen querer regresar, más en la estela de Freud que en la de Renan o, incluso, Herder.

España debe estar en la vanguardia de ese proyecto que, por supuesto, necesitará el liderazgo decidido de los países centrales, Alemania y Francia. No solo porque en un mundo globalizado, de enormes potencias, algunas fronterizas con la UE (un mundo neo-westfaliano para una UE post-westfaliana), solo una Europa unida tiene volumen y peso suficiente. No solo porque, además, es el único modelo de gobernanza global, tras-nacional, basado en la ley y no en la fuerza, sino porque es el único proyecto que nos sacará de nostalgias irreales y viejos particularismos para proyectarnos hacia adelante, para volver a hacer de España una nación con un horizonte progresista y para relanzar Europa, como querían Víctor Hugo o antes Montesquieu: una nación compuesta de naciones.

Ya no es tiempo de ver en Europa “la solución”. Ahora debe ser nuestro proyecto más ambicioso.



Colección CUADERNOS

CUADERNOS 1

España: ante una encrucijada crítica. Empleo, responsabilidad y austeridad
Diciembre de 2011

CUADERNOS 2

Empleo juvenil
Febrero de 2012

CUADERNOS 3

Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política frente a la crisis
Marzo de 2012

CUADERNOS 4

Regular en tiempos de crisis
Mayo de 2012

CUADERNOS 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa
Junio de 2012

CUADERNOS 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis
Septiembre de 2012

CUADERNOS 7

Desafección política y sociedad civil
Noviembre de 2012

CUADERNOS 8

La investigación: una prioridad a prueba
Diciembre de 2012

CUADERNOS 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción
Mayo de 2013

CUADERNOS 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales
Noviembre/Diciembre de 2013

CUADERNOS 11

Mercado hipotecario: crisis y reforma
Noviembre de 2013

CUADERNOS 12

Por una reforma tributaria en profundidad
Febrero de 2014

CUADERNOS 13

La Formación Profesional ante el desempleo
Octubre de 2014

CUADERNOS 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios
Noviembre de 2014

CUADERNOS 15

La reforma constitucional y Cataluña
Marzo de 2015

CUADERNOS 16

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados
Abril de 2016

CUADERNOS 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París
Mayo de 2016



Colección POSICIONES

1. POR UN PACTO DE ESTADO

Octubre de 2012

2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES

Noviembre de 2012

3. CORRUPCIÓN POLÍTICA

Febrero de 2013

4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO

Mayo de 2013

5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL

Mayo de 2013

6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO

Julio de 2013

7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA

Octubre de 2013

8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA

Enero de 2014

9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO

Febrero de 2014

10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS

Abril de 2014

11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN ABRIENDO LA PUERTA A LA REFORMA CONSTITUCIONAL

Octubre de 2014

12. ECONOMÍA ESPAÑOLA. EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA

Enero de 2015

13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA

Mayo de 2015

14. ESPAÑA ANTE EL 27-S

Septiembre de 2015

15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO

Noviembre de 2015

16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA

Diciembre de 2015

17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!

Febrero de 2016

18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO: UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA

Marzo de 2016



SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Carlos Balado
Subdirector General
Banco Popular

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Pablo Fusi
Historiador

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

Jaume Giró
Director General Adjunto
CaixaBank

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Fernando González Urbaneja
Periodista

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Carlos López Blanco
Director Global de Asuntos Públicos
Telefónica

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente
Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Conrado Navarro
Director de Relaciones Institucionales
Iberdrola

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Eva Piera Rojo
Directora de Relaciones Institucionales
BBVA

Josep Piqué
Economista

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

José Juan Toharía
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca*
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Ramón Vargas-Machuca
Catedrático de Filosofía Moral y Política

Juan-Miguel Villar Mir
Presidente de OHL

José Ignacio Wert
Sociólogo

Juan Antonio Zufiría
Director General de IBM Global Technology
Services Europa

* Sin participación activa

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta “fatiga civil”. España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenuaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es
